

DESCIFRANDO EL CÓDIGO POLIBIANO EN LO RELATIVO A LOS BÁRBAROS

Enrique Javier Martínez López

Este artículo pretende ser el primero de una serie, escrita con el propósito de conseguir objetivos dentro de un orden de magnitud creciente. Si utilizáramos una jerga militar, podríamos decir que este artículo pretendería alcanzar un objetivo táctico (mostrar cómo Polibio aplica el término “bárbaro” de una forma tópica, instrumental y oportunista, de acuerdo con las necesidades ideológicas de su relato; en otro artículo, perseguiremos probar cómo utiliza una visión muy sesgada –y también cambiante según criterios de oportunidad–, en el transcurso de su relato, del carácter de los diferentes pueblos, etc.); el conjunto de artículos de la serie tendría un objetivo operacional (acabar con el crédito que Polibio tiene como historiador objetivo entre la mayoría de los autores actuales¹); y así poder afrontar el objetivo estratégico de escribir una Historia que no esté sujeta estrechamente a las afirmaciones de

¹ En lo específicamente referido a la imagen del bárbaro, J. Pelegrín Campo considera que Polibio abandona la tradicional bipolaridad de helenos/bárbaros, al introducir a Roma y Cartago, en Occidente, como nuevos puntos de alteralidad, frente a los cuales se determinan los pueblos bárbaros occidentales. Los motivos de la innovación serían, a su juicio, el ascenso de Roma y la propia pretensión polibiana de objetividad. (Pelegrín 2004, 61-62).

En lo referido al conjunto de su obra, mostramos ahora una selección de opiniones sobre la objetividad del testimonio polibiano. Claramente predominan las laudatorias:

los historiadores clásicos, sino que se atreva a plantear postulados diferentes –ampliar puntos de vista, explorar hipótesis más alejadas de la realidad que insisten en hacernos ver– y no se base tanto en lo que los historiadores antiguos dicen como en intentar recuperar aquello que, en algunos casos, han distorsionado y que, en otros, han querido ocultar.

Sea, por tanto, la primera piedra de una obra que espero que, finalmente, se parezca más al Partenón que a la epístola de Pablo de Tarso a los efesios.

Para Díaz Tejera (Díaz Tejera 1972, 131) “a la claridad, a la imparcialidad y a la verdad, Polibio subordina todo lo que constituye distracción y desvío como es ampliar acontecimientos de importancia secundaria y recurrir a narraciones agradables”.

Joaquín L. Gómez-Pantoja refiriéndose a los intereses que entraron en juego durante la Segunda Guerra Púnica, frente al mucho más tendencioso punto de vista de Livio, habla de “la cuidadosa equidad de Polibio”. (Gómez Pantoja 2008, 291).

P. Moret (Moret 2002-2003, 26) insiste en que no todas las fuentes tienen el mismo valor y establece una comparación entre Polibio y Livio con neta ventaja para la fiabilidad del primero, para justificar la cual explicita una serie de motivos.

Exactamente la misma idea aparece en F. Quesada, aunque en este caso cambia la referencia de la comparación: “La cuestión es que, a nuestro modo de ver, hay fuentes y fuentes, y no es lo mismo Polibio que Silio Itálico”. De forma inmediata, y enzarzado en una polémica con F. Gracia, en nota a pie de página añade que “en particular, si Polibio se molesta en decirnos expresamente que, por ejemplo, sus datos sobre el contingente de Aníbal en Italia están tomados de un bronce grabado en el templo e Hera Lacinia que él ha visto, es porque está siendo preciso. Si negamos también datos como éste, podemos entonces convertirnos en idealistas puros y dedicarnos a otra actividad de índole lúdica o filosófica” (Quesada, 2003).

Pierre Lévêque (Lévêque 2005, 116-119), en su libro “El mundo helenístico”, afirma que, a partir del siglo III a.C., los acontecimientos eran tan considerables y las investigaciones necesarias tan vastas que el historiador se convirtió en erudito de despacho, a excepción de Polibio, que debe al conocimiento directo de lo que narraba la superioridad indiscutible con respecto a sus predecesores e imitadores. A mi juicio, resulta extraña una afirmación tan contundente, cuando, a renglón seguido, Lévêque afirma que “los grandes historiadores del siglo III a.C. sólo permanecen entre nosotros a través de fragmentos”.

Aplica a la obra polibiana los adjetivos racionalista (busca explicación dejando de lado a la Fortuna), rigurosa y objetiva (reduce hasta su mínima expresión los discursos recompuestos). La parte más débil de su obra sería la forma.

Pierre Lévêque recoge la opinión de P. Pédech, igualmente laudatoria, pues compara a Polibio con los sabios que iluminaron aquella época –Eratóstenes, Crates y Agatárquides– animados todos por “la curiosidad, el amor por la razón, el gusto por la exactitud y la precisión, el sentido de la síntesis y la fe en la ciencia”.

En la mayoría de las ocasiones en las que Polibio aplica el término “bárbaro”² –normalmente a un individuo o a un colectivo al

R. Cantarella afirma que “puede decirse que con Polibio concluye la gran historiografía griega; será necesario esperar siete siglos para hallar un historiador digno de esta gran tradición”. (Cantarella 1972, 203).

En la introducción a su comentario, Walbank considera a Polibio como “un escritor fiable y de conciencia”. (Walbank 1970, 16).

E. M. Aguilera considera que “de todo el denominado <período helenístico> de las letras griegas, tiempo todavía muy fecundo en historiadores y biógrafos, Polibio de Megalópolis es la figura máxima, entre tales cultivadores del género histórico”. A su juicio, escribe una historia “desapasionada a ultranza y ajena a toda fácil tentación patrioterica o partidista”. (Aguilera 1986, 11-14).

Inauguramos las opiniones agrídulces con la de Theodor Mommsen (Mommsen 1856/2003, 477), quien calificó a Polibio, frente a la carencia de crítica histórica y la parcialidad y patriotismo de los analistas romanos como “frío y severo”. No obstante, su opinión es muy diferente por lo que se refiere a su capacidad de análisis político, pues considera que no puede haber una especulación política más tonta que presentar a la Constitución romana como una Constitución mixta y derivar de ahí el éxito de Roma.

S. I. Kovaliov (Kovaliov 1949/2009, 208) afirma que “en el ámbito de la historiografía de clase, que por fuerza es siempre limitado, Polibio fue sincero y objetivo al máximo”.

J.M. Roldán (Roldán 1987, 172-173) también representa una posición intermedia, pues también loa al megalopolitano: “Polibio, recogiendo la tradición del más grande historiador griego, Tucídides, va más allá del simple relato, incluso documentado, para resaltar, con una serie de excursos teóricos, el valor, la esencia y la necesaria objetividad de la Historia. Ello le lleva, no sólo a una confrontación crítica con la documentación que utiliza, sino a indagar en los antecedentes y causas de los sucesos históricos que, para él, constituyen, junto con el relato crítico de los acontecimientos, el fin primordial de la historia, que es la búsqueda de la verdad”. Pero considera que hay que estar alerta respecto a la obra polibiana en tres aspectos: 1 su dependencia del analista Fabio Píctor, 2 la influencia del entorno político e ideológico en que se mueve (círculo de los Escipiones) y 3 el asombro y la admiración por Roma, presente en el mismo eje de su obra.

A. Momigliano muestra escepticismo hacia el testimonio polibiano, preocupándole sobre todo sus silencios. Destaca, por ejemplo, como sólo conocemos por Livio y fuentes menores los conflictos dentro de la clase dirigente romana, y entre romanos y latinos, durante el siglo II a.C. Para Momigliano “no puede ser por casualidad que, mientras la parte griega de su relato está llena de conflictos internos, la historia de Italia está milagrosamente desprovista de ellos”. (Momigliano 1985/1988, 50-51).

Naturalmente, otros autores modernos son menos complacientes con Polibio, aunque a mi juicio son una minoría. Cabría destacar a Ph. Berger, que considera a Polibio etnocéntrico e incluso xenófobo y a Sánchez Ferlosio, que, en su magnífico ensayo *God and Gun*, muestra cuán vacías están las pretensiones de verdad de Polibio.

² Este artículo pretende comprender la intencionalidad de Polibio al instrumentalizar el uso del término “bárbaro”, pero no constituir un recuento exhaustivo de las veces que aparece a lo largo de la obra del megalopolitano. De hecho, ese trabajo ya lo hicieron A. Mauersberger y Ph. Berger.

que se considera inferior culturalmente–, tal aplicación responde a estas categorías:

1. Extranjeros que cometen traición.
2. Extranjeros enemigos, enfrentados a aquellos con los que Polibio se identifica, esto es, romanos y helenos (a los que habría que añadir, sobre todo durante su travesía transalpina, a Aníbal –personaje por el que Polibio muestra cierta empatía y un especial respeto y admiración, que le sirve para, posteriormente, poder encumbrar a su único vencedor, Escipión–).
3. Aplicación verdaderamente etnográfica o puramente geográfica.
4. Como referente en una comparación cuando se quiere degradar al personaje o pueblo.

En alguna ocasión pueden coincidir dos o más categorías.

Asimismo es interesante señalar en qué ocasiones se tilda a los romanos de bárbaros. Prácticamente, en todos los casos, Polibio introduce esta denominación en boca de algún personaje. (Discurso de algún legado o exploradores de Filipo).

A mi juicio, sólo en una ocasión, la aplicación del término bárbaro coincide con una acción positiva o con una calificación positiva para el personaje o el colectivo que lo recibe. Se trata de ésta, en la que unos bárbaros evitan una profanación:

“En Siria, el rey Antíoco deseaba disponer de dinero en abundancia y preparó una expedición contra el templo de Ártemis en Elimaide. Se presentó, pues, en este lugar, pero vio burlada su esperanza, porque los bárbaros habitantes del país no consistieron en el sacrilegio. Se retiró y murió en Tabas de Persia, enloquecido, según cuentan algunos, ya que le sobrevinieron unos presagios demoníacos por su profanación del templo indicado”. (XXXI 9).

Merece la pena fijarse en la utilización del término “barbarismo”³ (Pelegrín Campo advierte de que literalmente dice ἐὸν

³ Pelegrín Campo (Pelegrín 2004, pág. 45, nota 4) nos indica los derivados de βάρβαρος presentes en las Historias, pero ignorados por Berger. Se trata del sustantivo

βαρβαρίζη –“si acaso hubiera barbarizado”–, (XXXIX 1,7), que aparece con ocasión del ataque de Catón a Aulo Hostilio, que Polibio decide recoger, con intención de denigrar a este personaje. La razón de la inquina de Polibio hacia este personaje es que había impedido el regreso de los exiliados aqueos a su patria. (XXXIII 1, 3-8).

Para aquellos que hacen cosas terribles, pero no son bárbaros, se utilizan términos como δυσμενικῶς en el caso de Filipo (VIII 8, 1) o ἀγριότητα en el caso de Escopas y de su cómplice Carimorto (XVIII 55, 1-2), haciendo referencia a comportamientos crueles o salvajes.

Por último, es curioso como a Polibio le agrada dejar caer la posibilidad de que (al menos algunos de) los etolios –archienemigos de los etolios– no sean griegos, posibilidad que pone en boca de Filipo, en un parlamento de la Conferencia de Lócride. (XVIII 5, 7).

1. BÁRBAROS COMO TRAIADORES: EXTRANJEROS QUE COMETEN UN ACTO DE TRAICIÓN

A mi juicio, Polibio aplica el término “bárbaro”, en algunas ocasiones, para referirse a extranjeros que han cometido algún acto de traición:

1. La primera utilización del término “bárbaro” en la obra polibiana la encontramos en I 9, 7, referida a los mamertinos. Se

τὸ βαρβαρικόν –III 3, 5 (traducido por M. Balasch como “el terror de los bárbaros”)–; del adjetivo βαρβαρικός –utilizado en III 98, 3 (véase Bárbaros como traidores, caso 6), en III 115, 2 (véase la nota 4), y en XI 5, 6 donde se hace referencia al comportamiento “cruel y salvaje/bárbaro) de los romanos, tolerado por los etolios contra otros griegos–; y de los verbos βαρβαρίζω – XXXIX 1, 7, que es el caso que ha originado esta nota –y ἐκβαρβαρώ– en III 58, 8, (traducido así por Balasch “porque es difícil ser testigo ocular de ciertas cosas, debido a que algunos lugares son *incivilizados*, y otros están desiertos”); y en XI 34, 5 (“En efecto, se había presentado una horda muy numerosa de nómadas, lo cual significaba un riesgo para ambos. Si se toleraba su presencia el país entero *se convertiría en bárbaro*”).

trata de unos mercenarios campanos que se apoderan, con dolo, de Mesina. Se les aplica el calificativo reiteradamente. Muestran las siguientes características: audaces, temerarios, osados y autores de una fechoría.

2. Guerra de los mercenarios. Se inicia por la perfidia de los mercenarios contra el general cartaginés Gescón.

“Los sucesos de entonces permitirán de forma insuperable conocer la naturaleza y características de lo que muchos llaman una guerra sin cuartel, y además, por lo que en esta guerra ocurrió, se podrán ver muy claramente las previsiones y precauciones que deben tomar, con gran anticipación, quienes utilizan tropas mercenarias. Se comprenderá, en tercer lugar, en qué se diferencian, y hasta qué punto las tropas mezcladas y bárbaras, de las educadas en costumbres políticas y en leyes ciudadanas”. (I 65, 6-7).

3. Los galos traicionan a los epirotas. Polibio descalifica a los epirotas por haber confiado en los galos.

“En efecto, en primer lugar, ¿quiénes, concedores de la mala reputación que acompañaba a aquellos galos, no hubieran recelado de poner en sus manos una ciudad próspera, que tantos atractivos ofrecía para una traición? En segundo lugar, ¿quién no habría sospechado de la intención de aquella horda?” (II 7, 5-6).

Polibio a continuación enumera una serie de traiciones efectuada por estos galos: saqueo continuos a sus anfitriones y cambio de bando. Por eso, finalmente, los romanos los despecharon después de desarmarlos. Entonces fueron acogidos por los epirotas.

“¿Podrían no aparecer como causantes de sus propias desgracias, si convirtieron a estos galos en guardianes de la democracia y de las leyes, y pusieron en sus manos la más próspera de sus ciudades? Con ocasión de la necedad de los epirotas he creído oportuno recordar que los más juiciosos no deben nunca admitir una guarnición demasiado fuerte, principalmente si se trata de extranjeros”. (II 7, 11-12).

4. Los galos de la Transalpina son considerados por Escipión como “muy traidores”.

“Cuando hacía tres días que los cartagineses habían iniciado la marcha, Escipión, el general romano, llegó al paso del río. Comprobó que el adversario ya había partido, y se maravilló a más no poder, ya que estaba persuadido de que jamás osaría efectuar la marcha hacia Italia por aquellos lugares, entre otras razones porque los bárbaros de aquellos parajes eran muchos y muy traidores”. (III 49, 1-2).

Frente a los cartagineses (de quienes, a lo largo de su obra, Polibio afirmará que habían transgredido juramentos y pactos –XV 1, 2– y actuado con perfidia –XV 4, 2– y que, posteriormente, Livio convertirá en la sublimación de la mala fe –acuñando el concepto de fides púnica–), el megalopolitano presenta, haciéndose eco del pensamiento estratégico de Escipión, a los galos de aquellos parajes como bárbaros, caracterizados por ser muchos y muy traidores (τὸ πλῆθος καὶ τὴν ὀθεσίαν). Como luego muestra también que son muy belicosos, tendremos presentes, en este episodio, todos los ingredientes típicos/tópicos de los bárbaros.

5. Polibio confirma la anterior opinión de Escipión al narrar el siguiente episodio (III 52-54), en el que, tras haber superado el peligro de los alóbroges, Aníbal ha de hacer frente al comportamiento doloso de unos galos de los que ni siquiera se cita el nombre. Ver infra (bárbaros como enemigos, caso 5).

6. Abilix y los rehenes saguntinos.

“Este hombre consideró la situación, juzgó que eran más brillantes las esperanzas depositada en los romanos y reflexionó consigo mismo sobre la devolución de los rehenes, una estratagema digna de un ibero y de un bárbaro. *Convencido de que entre los romanos podía llegar a ser un hombre de gran prestigio si les aportaba conjuntamente lealtad y utilidad*, rompiendo sus pactos con los cartagineses, se aprestó a entregar los rehenes a los romanos”. (III 98, 3-4).

Aspectos dignos de ser comentados:

1. Parece que Polibio esté hablando de sí mismo.
2. Obsérvese como Polibio hace de la traición de Abílrix una categoría propia de iberos y bárbaros, mientras que después al hablar de la ingenuidad de Bóstar –el comandante púnico al que engaña– no la eleva a rasgo típicamente fenicio.

7. La traición de Indíbil y su posterior derrota a manos de Escipión.

“Escipión congregó, sin pérdida de tiempo, la asamblea de sus fuerzas en la misma ciudad de Cartagena y les habló de la desvergüenza de Indíbil y de su deslealtad en contra de ellos; adujo multitud de detalles y estimuló a su ejército para la campaña contra los reyes citados. Enumeró, a continuación, las batallas ya libradas contra cartagineses e iberos juntos, éstos bajo mando cartaginés: si los romanos siempre habían salido victoriosos, argumentó, no era natural que ahora ellos desconfiaran, ni aún en el caso de sufrir alguna derrota frente a los iberos que mandaba Indíbil. Por eso se negaba rotundamente a aceptar por aliado a ibero alguno y afrontaría el riesgo con sólo los romanos, para que quedara muy claro que éstos no habían derrotado a los cartagineses por la ayuda de los iberos, como sostienen algunos, echándoles así de España, <hemos vencido a cartagineses y celtíberos por el coraje de los romanos, por nuestra propia fuerza>. (XI 31, 1-6).

Un análisis detallado nos lleva a concluir que cartagineses y romanos, como dominadores de los iberos, son como una imagen reflejada en un espejo: ambos endurecen su trato con los iberos, una vez que consideran derrotados a sus máximos rivales, aplicando una estrategia de sometimiento, que conlleva una respuesta ibera de desafección:

– **Estrategia de sometimiento:** Escipión a sus tribunos “les dijo que era preciso prometer a los soldados el cobro de sus haberes y que, para hacer creíble tal anuncio, debían empezar por exigir a las ciudades el pago de las contribuciones impuestas para el sostenimiento del ejército; debían poner interés en reunir estos fondos, como si los preparativos se encaminaran realmente a solucionar el problema de las pagas”. (XI 25, 9-10).

– **Sublevación ibera:** “Sabéis muy bien que traicionaron a los cartagineses para pasarse a nosotros, pero ahora han roto por segunda vez sus juramentos y sus lealtades y se han declarado adversarios nuestros”. (XI 29, 3). (Escipión pronuncia estas palabras en el marco de un discurso dirigido a reprender a sus soldados que se habían amotinado).

La versión se transforma a conveniencia: en su momento, el vejatorio trato de los cartagineses, exigiéndoles tributos y rehenes, cambiando su actitud hacia ellos, había empujado a los iberos a los brazos de los romanos; ahora, se destaca su volubilidad: rompieron antes sus juramentos y los rompen ahora. Son traidores. Ideológicamente el terreno está abonado. Es precisamente ahora cuando se les puede calificar de bárbaros colectivamente (anteriormente se había calificado como bárbaro tan solo a un individuo aislado: Abilix. –III 98, 3-4–), cosa que va a ocurrir inmediatamente después –en XI 32, 5–. (Ver “bárbaros como enemigos, caso 12”).

8. Filippo contra odrisos, besos y denteletos.

“Cuando Quinto Marcio llegó como embajador a Macedonia, Filippo evacuó totalmente las ciudades griegas de Tracia y retiró sus guarniciones. Se marchó de allí dolido y quejoso. Y dispuso todo lo demás según los romanos se lo habían preceptuado, pues no quería ofrecerles ningún signo de hostilidad, ganando así tiempo para sus preparativos bélicos. Hizo salir a su ejército en campaña contra los bárbaros, atendiendo con ello al propósito que abrigaba. Pasó, pues, a través de Tracia, e invadió el país de los odrisos, el de los besos y el de los denteletos. Llegó a la ciudad llamada Filipópolis, y sus habitantes se refugiaron en las alturas. Filippo conquistó la plaza al punto. Luego se dedicó a recorrer toda la llanura: devastó las tierras de unos, exigió la sumisión de los restantes y se retiró, habiendo dejado unas fuerzas de ocupación en Filipópolis, guarnición que muy pronto fue expulsada por los odrisos, que traicionaron su lealtad al rey”. (XXIII 8).

Los odrisos no sólo serían enemigos o vecinos malvados sino que, además, “traicionaron su lealtad al rey”. (Por tanto, serían doblemente bárbaros, según los criterios que aplica Polibio).

9. Los ligures violan el derecho de gentes y atacan a los legados romanos.

“En aquella misma época se presentaron en Roma unos legados de parte de los masalotas, hostigados desde hacia tiempo por los ligures, que ahora los habían rodeado totalmente y, además, les asediaban las plazas de Antípolis y de Nicea. Enviaron legados

a Roma a denunciar lo ocurrido y a solicitar apoyo. Comparecieron, pues, los emisarios ante el senado que, en su sesión, decidió enviar inspectores que fueran testigos oculares de lo ocurrido y que procuraran, a la vez, enderezar de palabra la ignorancia de aquellos bárbaros.

Los masaliotas remitieron legados a los romanos para comunicarle que los ligures les maltrataban; el senado romano nombró inmediatamente embajadores a Cayo Flaminio, a Marco Popilio Lenas y a Lucio Popio, quienes se hicieron a la mar juntamente con los emisarios de Masalia: tocaron tierra en el país de los ojibios, junto a la ciudad de Egitna. Los ligures fueron informados de la llegada de éstos y de que iban a ordenarles el levantamiento del cerco; acometieron a los demás, que todavía estaban fondeando, y les impidieron poner pie en tierra; cogieron a Flaminio, que ya había desembarcado y que ya había descargado su bagaje, y le intimaron a que abandonara el territorio. El romano no les atendió y ellos empezaron a pillarle el material. Como los esclavos y los libertos se opusieran e intentaran impedirlo, los ojibios los forzaron y los agredieron físicamente. Flaminio prestó apoyo con su escolta personal, pero resultó herido y dos de sus hombres muertos; los ojibios los acosaron hasta las naves, de modo que Flaminio logró, a duras penas, salvar el riesgo cortando las amarras y levando anclas. Arribó a Masalia, donde fue atendido con todo esmero. Informado de lo sucedido, el senado romano mandó inmediatamente a uno de los cónsules, Quinto Opimio, con un ejército para hacer la guerra a los ojibios y a los decietas.

Quinto Opimio concentró sus tropas en la ciudad de los placentinos y, tras hacer una marcha por la cordillera de los Apeninos, se presentó en la tierra de los ojibios. Acampó junto al río Aprón, y aguardó allí al enemigo, del cual había sabido que se había agrupado y que estaba presto a presentar batalla. Algo más tarde, el romano se aproximó con sus fuerzas a Egitna, plaza en la que los emisarios romanos habían visto rota la tregua, la tomó a la fuerza, la saqueó y envió a Roma encadenados a los responsables del ultraje. Tras esta acción se dispuso frente al enemigo. Los ojibios pensaron que la afrenta que habían inferido a los legados romanos

era imperdonable; movidos por un coraje extraño y con un espíritu imponente, antes de que los decietas se les juntaran, reunieron cuatro mil hombres y se lanzaron contra los romanos. Quinto Opimio, al ver la embestida y el arrojamiento de los bárbaros quedó estupefacto, pues aquello era absurdo. Y no perdió el optimismo, porque comprendió que el enemigo no se fundaba en ninguna razón. El romano era hombre experimentado y de naturaleza excepcionalmente dotada y aguda en las operaciones. Hizo salir a sus propias tropas y, tras pronunciar una arenga adecuada a aquellas circunstancias, avanzó al paso contra el enemigo. Le atacó violentamente y superó muy pronto la formación opuesta. Mató a muchos hombres y forzó a los restantes a huir a la desbandada. Justamente entonces se presentaron los decietas, también agrupados para presentar batalla conjuntamente con los ojibios. No llegaron a tiempo a la contienda: primero recogieron a los ojibios que huían de ella, y, al cabo de poco, pelearon contra los romanos con extraordinario coraje y vigor. Pero salieron derrotados del choque y se entregaron todos inmediatamente, ellos y su ciudad, a la lealtad romana. Quinto Opimio se hizo dueño de aquellos pueblos: asignó sin dilaciones a los masaliotas los territorios que él había ocupado, y obligó a los ligures a entregar a los masaliotas rehenes en ciertos períodos especificados; desarmó a las gentes que habían luchado contra él, distribuyó sus propias tierras entre las ciudades, y estableció allí su campamento de invierno. De modo que esta empresa alcanzó su principio y su fin en un período muy breve de tiempo”. (XXXIII 8-10).

Los ligures aparecerían como doblemente bárbaros; en primer lugar por ser enemigos de Roma y, en segundo, por su traición y perfidia al no respetar el derecho de las gentes. Los romanos harían una guerra puramente defensiva, para proteger a sus aliados masaliotas.

El megalopolitano aplica a los ligures, en cuanto que bárbaros, las características consabidas. Destaca su carácter belicoso –marseleses “hostigados desde hacía tiempo por los ligures”–, violento, vigoroso, corajudo y arrojado, pero extraño (θυμῶ παραλόγῳ), ignorante (τὴν ἄγνοιαν) y carente de razones (ἀπόνοιαν). Por tanto, podrían responder perfectamente al tipo de “vecino malvado”, al

que se refirió el megalopolitano, en IV 45, 5, cuando narraba las desventuras de los bizantinos.

2. BÁRBAROS COMO ENEMIGOS

El término “bárbaro” se aplica con frecuencia a extranjeros, que, además, son enemigos, es decir, que se enfrentan contra aquéllos con los que Polibio se identifica, sean helenos, romanos, o Aníbal, que recibe de Polibio un trato muy benévolo.

1. Romanos contra mamertitos.

(Ver el apartado referido a “bárbaros como traidores”: caso 1).

2. Romanos contra celtas.

Después de narrar las guerras entre romanos y celtas anteriores a la Anibálica, Polibio concluye de esta manera:

“En efecto: creo que es propio de la Historia evocar tales episodios de la Fortuna y transmitirlos a las generaciones venideras. Así nuestros descendientes no ignorarán tales hechos, ni se asustarán ante incursiones súbitas e irracionales de los bárbaros; podrán recordar que su linaje es poca cosa, y deleznable, si se aguanta y se ponen a prueba todas las oportunidades antes de ceder a cualquier necesidad. También creo que los que nos han recordado y nos han transmitido la incursión de los persas contra Grecia y la de los galos contra Delfos han apoyado no poco las luchas en pro de la salvación común de Grecia”. (II 35, 5-7).

Este texto me parece muy importante porque Polibio discrimina entre bárbaros –entre los que se cuentan los persas y los galos, que amenazan tanto a Roma como a Grecia– y aquéllos que resultan amenazados por ellos y que no deben apocarse. Este bando lo compartirían romanos y griegos. En este texto, Polibio marca, para sus oyentes, la frontera entre “nosotros” y “los otros”, entre amigos y enemigos. En la obra polibiana sólo aparecerá equiparada la presencia de Roma como amenaza bárbara como opinión de algunos de los protagonistas (Agelao de Naupacto y Licisco) y, como veremos posteriormente, Polibio se esforzará para neutralizar esa opinión.

3. Aníbal contra carpetanos, salmantinos y ólcades.

Después de haber tomado Salamanca y Arbucalea, Aníbal es atacado súbitamente:

“Pero Aníbal, que se iba retirando con habilidad y prudencia, tomó como defensa el río llamado Tajo, y trabó combate en el momento en que el enemigo lo vadeaba, utilizando como auxiliar el mismo río y sus elefantes, ya que disponía de cuarenta de ellos. Todo le resultó de manera imprevista y contra todo cálculo. Pues los bárbaros intentaron forzar el paso por muchos lugares y cruzar el río, pero la mayoría de ellos murió al salir del agua, ante los elefantes que recorrían la orilla y siempre se anticipaban a los hombres que iban saliendo. Muchos también sucumbieron dentro del mismo río a manos de los jinetes cartagineses, porque los caballos dominaban mejor la corriente, y los jinetes combatían contra los hombres de a pie desde una situación más elevada. Al final, cruzó el mismo río Aníbal con su escolta, atacó a los bárbaros y puso en fuga a más de cien mil hombres. Una vez derrotados, nadie de allá del Ebro se atrevió fácilmente a afrontarle, a excepción de Sagunto”. (III 14, 5-9).

A mi juicio, también es muy significativo que los saguntinos no sean calificados nunca de bárbaros: la enemistad con Aníbal queda compensada con creces con la fidelidad a Roma.

4. Romanos contra gálatas.

Explicando los temas que se dispone a tratar en adelante, Polibio dice:

“En tercer lugar, cómo los romanos, tras haber humillado la soberbia de los galos, se aprestaron a dominar, sin admitir rivales, los territorios asiáticos y liberaron a los habitantes de la parte de acá del Tauro, del terror de los bárbaros y de la injusticia de los galos”. (III 3,5).

5. Aníbal contra los galos.

Se califica de bárbaros a aquellos habitantes de la Galia que se muestran hostiles a Aníbal, mientras que se evita este apelativo cuando muestran una actitud amistosa, con una sola excepción:

“Aníbal, así que llegó a los parajes próximos al río, intentó cruzarlo allí donde su curso es todavía único, a una distancia del

mar que un ejército haría en unos cuatro días. Se concilió de todas las formas imaginables la amistad de los pueblos ribereños: les compró las barcas y los esquifes suficientes en número, puesto que muchos de los que habitan la región del Ródano se dedican al tráfico marítimo. Adquirió de ellos también la madera necesaria para fabricar barcas, por lo cual al cabo de dos días tenía construidas muchísimas, pues sus hombres se empeñaban en no depender del vecino y en depositar en sí mismos la esperanza de cruzar el río. Pero entonces se concentró en la otra orilla una gran multitud de bárbaros con la intención de impedir el paso del río a los cartagineses. Aníbal se percató muy bien de que, en aquellas circunstancias, ni podría forzar por la violencia el paso del río, porque el número de enemigos apostados era incalculable, ni podría aguantar allí sin que el adversario le atacara por todas partes”. (III 42, 1-5).

Como puede observarse, Polibio ha reservado el apelativo bárbaros, no para los que colaboran con Aníbal (“pueblos ribereños” –*τοὺς παροικοῦντας τὸν ποταμόν*– y “los que habitan la región del Ródano” –*τῶν παροικούντων τὸν Ῥοδανόν*–), sino para los que intentan impedirle el cruce del Ródano.

En los siguientes fragmentos, hasta III 43 inclusive, Polibio reitera la denominación de bárbaros a los galos hostiles hasta en cinco ocasiones, destacando sus cantos de guerra que, mezclados con el griterío de los soldados de Aníbal, provocaban un espectáculo sobrecogedor que producía angustia. Vivían en barracas y se dejaron sorprender. Recuérdese como, en III 49, 2, se les calificaba de “muchos y muy traidores”. (Véase bárbaros como traidores, caso 4).

“Tras una marcha de diez días a lo largo del río, unos ochocientos estadios, Aníbal inició la ascensión de los Alpes, y cayó en los mayores riesgos. Pues mientras los cartagineses se encontraban aún en la llanura, los jefes de las tribus de los alóbroges se mantuvieron distanciados de ellos, tanto por temor a la caballería como a los **bárbaros** que cerraban la marcha. Pero cuando éstos se hubieron retirado a sus tierras y los hombres de Aníbal empezaban ya el avance por terrenos difíciles, entonces los jefes alóbroges concentraron un número de tropas suficientes y se adelantaron a ocupar lugares estratégicos, por los cuáles los hombres de Aníbal debían efectuar

inevitablemente la ascensión. Si hubieran logrado mantener oculta su intención hubieran podido destruir totalmente el ejército de los cartagineses; pero como fueron descubiertos, aunque causaron grandes estragos entre los hombres de Aníbal, no fueron menores los que se infirieron a sí mismos. El general cartaginés, en efecto, sabedor de que los bárbaros se habían anticipado a ocupar posiciones estratégicas, acampó en sus mismas estribaciones y permaneció allí. Envío a algunos galos de los que actuaban como guías para que indagara las intenciones del adversario y toda su disposición. Los enviados cumplieron las órdenes, y Aníbal pudo saber que el enemigo de día observaba cuidadosamente el orden y custodiaba los parajes, pero que de noche se retiraba a una ciudad no lejana. Se ajustó, pues, a esta táctica, y dispuso la acción como sigue: tomó sus fuerzas, avanzó a la vista de todos, se aproximó a los lugares abruptos y acampó no lejos del enemigo. Cuando sobrevino la noche, ordenó encender hogueras, y dejó allí la mayor parte de sus tropas. Equipó a los hombres más aptos como soldados de infantería ligera, durante la noche pasó los desfiladeros y tomó las posiciones que habían sido ocupadas antes por el adversario, puesto que los bárbaros se habían retirado, según su costumbre, a la ciudad.

Logrado esto, cuando vino el día, los bárbaros, apercibidos de lo ocurrido, primero desistieron de sus intenciones. Pero, después, al ver la gran cantidad de acémilas y de jinetes que marchaban con dificultad y lentamente por aquellas fragosidades, se decidieron, por esa circunstancia, a cortar la marcha. Cuando llegó el momento, los bárbaros atacaron por todas partes, y el desastre de los cartagineses fue muy grande, no tanto por los hombres, sino por aquellos parajes. La vereda, en efecto, no sólo era estrecha y pedregosa, sino también empinada, de manera que cualquier movimiento o cualquier perturbación hacía que se despeñaran por los precipicios muchas acémilas con sus cargas. Los que provocaban más este desorden eran los caballos heridos; cada vez que una herida les desbocaba, unos caían de bruces sobre las acémilas y otros se precipitaban hacia delante y arrastraban consigo todo lo que en la aspereza se les presentaba; se producía una confusión enorme. Al ver esto Aníbal, y calcular que si se perdían todos los bagajes ni

aún los que consiguieran eludirle riesgo se salvarían, recogió a los que de noche habían ocupado posiciones estratégicas y se lanzó en ayuda de los suyos que abrían la marcha. Allí murieron muchos bárbaros, puesto que Aníbal atacaba desde lugares más altos, pero no menos cartagineses. En efecto: la confusión que ya acompañaba a la marcha se acrecentó por el griterío y el combate de los citados. Sólo cuando hubo matado a la mayoría de los alóbroges y obligado a los restantes a replegarse y a huir a sus tierras, Aníbal logró que, a duras penas, atravesaran aquellos lugares difíciles las acémilas y los acemileros supervivientes. Él mismo, pasado el peligro, reunió a todos los hombres que pudo y atacó la ciudad desde la que el enemigo le había agredido. La sorprendió casi desierta, pues las posibles ganancias habían atraído a sus habitantes, y se adueñó de ella. En este lugar, Aníbal obtuvo muchas cosas útiles, tanto para el presente como para el futuro. De momento se hizo con una gran cantidad de caballos y de acémilas, junto con muchos hombres suyos que habían caído prisioneros. Tuvo, además, abundancia de trigo y de ganado para dos o tres días, y, sobre todo, infundió temor a las tribus vecinas, de momento que los habitantes de las proximidades ya no se atrevieron sin más a molestarle durante la ascensión.

Aníbal estableció allí su campamento, aguardó un día y se puso de nuevo en marcha. En las jornadas siguientes condujo con seguridad su ejército hasta cierto punto, pero en el día cuarto se volvió a ver expuesto a grandes riesgos. En efecto, *los que habitaban los lugares por los que pasaba* tramaron de común acuerdo un engaño y le salieron al encuentro con coronas y ramos de olivo, lo cual entre casi todos los bárbaros es señal de amistad, al igual que el caduceo entre los griegos. Tales lealtades no acababan de convencer a Aníbal, e intentaba con todo cuidado averiguar sus intenciones y su entero propósito. Ellos afirmaron que conocían bien la toma de la ciudad y la ruina de los que habían intentado dañarle, y le aclararon que estaban allí por esto, porque no querían hacer ni sufrir nada malo; le prometieron, además, que le entregarían rehenes. Durante mucho tiempo Aníbal anduvo precavido y desconfiaba de lo que le iban diciendo. Con todo, calculó <que si aceptaba> aquellos ofrecimientos, quizás convertiría en más cautos

y pacíficos a los que se le habían presentado, pero que si no los aceptaba, los tendría por enemigos declarados. Se avino, pues, a lo que le decían, y simuló aceptar aquellas amistades. Los bárbaros entregaron los rehenes, aportaron rebaños en abundancia y, en suma, se entregaron sin reservas ellos mismos en sus manos, de modo que Aníbal y los suyos acabaron por creer tanto en ellos que les tomaron por guías en los lugares difíciles que iban a seguir. Los bárbaros, pues, les guiaron durante dos días, y entonces una masa de bárbaros que les iba siguiendo les ataca cuando cruzaban un desfiladero difícil y escarpado.

En aquella ocasión se hubiera perdido, simplemente, todo el ejército de Aníbal. Pero éste guardaba todavía un punto de desconfianza, y, en previsión del futuro, había situado bagajes y caballería abriendo la marcha; la infantería marchaba, cerrándola a retaguardia. Ésta, pues, estaba al acecho, lo cual aminoró el desastre, pues los soldados de a pie contuvieron el ataque de los bárbaros. Sin embargo, y a pesar de que salió del trance, perdió gran cantidad de hombres de acémilas y de caballos. El enemigo, en efecto, había ocupado las alturas; los bárbaros, avanzando por las cumbres, hacían caer peñascos, que rodaban contra unos, lanzaban a mano piedras contra otros, y así les causaron tanto riesgo y confusión que Aníbal se vio obligado a pernoctar con la mitad de su ejército en un lugar yermo, rocoso y pelado, separado de sus caballos y de sus acémilas; les iba cubriendo, hasta que a duras penas logró, durante la noche, salvar el desfiladero. Al día siguiente, cuando el enemigo se hubo ya retirado, estableció contacto con jinetes y acémilas, y progresó hacia los pasos más avanzados de los Alpes, sin encontrarse ya ningún grupo organizado de bárbaros, y hostigado sólo por pequeñas bandas y en ciertos parajes; unos por retaguardia y otros por vanguardia, le privaron de algunas acémilas con asaltos bien calculados. En todas a estas acciones a Aníbal le fueron de gran utilidad los elefantes: el enemigo no osaba atacar por los lugares por los cuales éstos pasaban, ya que la extraña figura de estos animales les resultaba imponente.

Al cabo de nueve días llegó a la cumbre, donde acampó y aguardó dos, con la intención de hacer descansar a los que se habían

salvado y recobrar a los rezagados. En esta ocasión muchos de los caballos que habían perdido el tino y muchas de las bestias de carga que la habrían arrojado de sí siguieron sorprendentemente el rastro, lo recorrieron y volvieron a establecer contacto con el campamento.

La nieve se iba acumulando ya sobre las cumbres, puesto que se aproximaba el ocaso de las Pléyades. Aníbal vio a sus tropas desmoralizadas, tanto por las penalidades precedentes por las que se prevenían. Congregó a sus hombres e intentó estimularles, tomando para ello como única ocasión la vista de Italia; pues está tan próxima a los montes en cuestión que si se mira a la vez a ambos lados, los Alpes parecen estar dispuestos como la acrópolis de toda Italia. Por eso, Aníbal iba mostrando a sus hombres las llanuras del río Po, y les recordaba en resumen la buena disposición de los galos que la habitaban; al propio tiempo les indicaba la situación de Roma. Y así logró infundir elevada moral a sus soldados. Al día siguiente levantó el campamento e inició el descenso. En él ya no encontró adversarios, fuera de algunos *malhechores emboscados*, pero los parajes mismos y la nieve le hicieron perder casi tantos hombres como los que había perdido en la subida”. (III 50-54).

Después de haber superado el peligro de los Alóbroges, Aníbal ha de hacer frente al comportamiento doloso de unos galos de los que ni siquiera se cita el nombre. Se refiere a ellos como “los que habitaban los lugares por los que pasaba” (οἱ γὰρ περὶ τὴν διόδον οἰκοῦντες) como “bárbaros” (βάρβαροι), como “enemigos” (πολεμίους), y como “malhechores emboscados” (τῶν λάθρα κακοποιούντων). Estas expresiones intercambiables –junto a su acción principal, el ataque a traición– son muy útiles a la hora de conocer la imagen polibiana del bárbaro.

Salvo la primera mención –en III 50, 2 (subrayada)– donde se hace referencia a las tropas de un rey galo aliado de Aníbal (por tanto, no correspondería al “código polibiano” cuya existencia defiende), todas las aplicaciones del término “bárbaro” –que, desde luego, se aplican, mayoritariamente, a los pueblos de culturas menos evolucionadas– podrían ser sustituidas por “malhechores

emboscados”, para el caso de los alóbroges, o simplemente por “traidores” para el caso de los nativos que, pérfidamente, se entregan a Aníbal para atacarle después.

Una vez en la Cisalpina, Aníbal necesita aliados y para conseguirlos ha de demostrar su fuerza:

“Los supervivientes tenían algo de salvajes en su aspecto y en su comportamiento, como consecuencia de la continuidad de las penalidades aludidas. Aníbal puso mucha atención en su cuidado, y recuperó a sus hombres tanto en sus cuerpos como en sus espíritus. Hizo igualmente que se recuperaran sus caballos.

Tras esto, rehechas ya sus tropas, los turineses, que viven al pie de los Alpes, andaban peleando con los ínsubres, pero recelaban de los cartagineses; primero Aníbal les había ofrecido su amistad y su alianza. Pero, al serle rechazadas, acampó junto a la ciudad, que era muy fuerte, y en tres días la rindió por asedio. Mandó decapitar a sus oponentes, con lo cual infundió tal pavor a los bárbaros que habitaban en las cercanías que acudieron todos a ofrecerle inmediatamente su lealtad y sus personas”. (III 60, 6-10).

Para el caso de los turineses, nuevamente podría traducirse bárbaros como galos enemigos, pues rechazan la amistad y alianza que Aníbal les ofrece. Para las tropas de Aníbal se evita, nuevamente, el término “bárbaro”, prefiriendo denominarles “salvajes en su aspecto/ bestializados” (ἀποτεθηριωμένοι).

6. Bizancio contra tracios.

“La Tracia rodea Bizancio por todas partes, de mar a mar, y, por ello, los bizantinos libran guerras continuas y difíciles contra los tracios; jamás han conseguido una preparación bélica que les dé una victoria definitiva; no son capaces de deshacerse de las guerras, porque en la Tracia hay una gran cantidad de pueblos y de reyes. Si vencen a uno hay tres monarcas más poderosos que éste que les invaden el país. No logran gran cosa más si ceden y se avienen a pactos y tributos. Si hacen concesiones a uno, esto mismo les quintuplica el número de enemigos. De modo que se ven implicados en guerras duras y continuas. *¿Pues qué hay más inseguro que un vecino malvado? ¿Qué hay más terrible que una guerra contra bárbaros?* Y, con

todo, a pesar de que por tierra pelean con males tan continuados, aún descontando los otros males subsiguientes a la guerra, sufren una especie de castigo de Tántalo, según el poeta”. (IV 45, 1-6).

La especie de castigo de Tántalo consistía en que veían, una y otra vez, madurar maravillosas cosechas sólo para ver cómo los bárbaros se las arrebataban.

En este caso se equiparan las expresiones “bárbaros” y “vecino malvado”. (ἀστυγείτουος καὶ βαρβάρου πολέμου; IV 45, 5).

7. Griegos enfrentados al peligro futurible de Roma o Cartago.

Indirectamente, en esta ocasión, se menciona a los romanos como bárbaros y, como siempre que esto sucede, Polibio recoge la opinión de otro, en este caso Agelao de Naupacto:

“Declaró que lo más necesario era que los griegos no se hicieran nunca la guerra mutuamente: debían dar muchas gracias a los dioses si lograban decir todos la misma cosa y estar de acuerdo, dándose las manos como los que cruzan un río; con ello rechazarían las incursiones de los bárbaros, se salvarían ellos mismos y sus ciudades. En el caso, con todo, de que ello no fuese totalmente posible, pidió que, al menos en aquel momento, se pusieran de acuerdo y se precavieran: era necesario tener en cuenta los formidables ejércitos y la magnitud de la guerra que se desarrollaba en Occidente. (V 104, 1-3).

Prosigue diciendo que quien gane esa guerra también aspirará a dominar Grecia y que sólo Filipo, con el apoyo de todos los griegos puede evitarlo.

8. Prusias (y los habitantes de Alejandría de Tróade) contra los galos.

“En esta misma época, Prusias llevó a cabo una gesta digna de mención. Los galos que el rey Átalo había hecho acudir desde Europa para su guerra contra Aqueo, pues tenían fama de valerosos desertaron del rey citado, por los recelos reseñados más arriba. Devastaron, de manera salvaje y violenta, las poblaciones del Hesponto y acabaron por poner sitio a Ilion. Pero los habitantes de Alejandría, en Tróade, realizaron entonces una hazaña no desprovista de nobleza; enviaron a Temisto con cuatro mil hombres,

levantaron el cerco de Ilion, echaron de toda Tróade a los galos, a quienes interceptaron los suministros, y frustraron los proyectos. Los galos retuvieron la ciudad llamada Arisbe, en el país de los abidenos, y desde allí atacaban y hacían la guerra a los habitantes de la región. Prusias salió contra ellos con un ejército, dio una batalla en la que aniquiló a todos los hombres; masacró a sus mujeres y a sus hijos en su propio campamento, y concedió a sus soldados todo el bagaje enemigo. Mediante esta operación libró de un gran miedo y peligro a las ciudades del Helesponto y dejó un espléndido ejemplo a los futuros, para que los bárbaros no pasaran tan fácilmente de Europa a Asia”. (V 111).

9. Media: helenos frente a bárbaros circundantes.

“Media constituye, tanto por las dimensiones del país como por el número y las características de sus habitantes y de sus caballos, el principado más notable de Asia. Proporciona caballos a casi toda esta parte del mundo, porque incluso los reyes se han habituado a tener en Media sus remontas, (debido a las cualidades) de estos parajes. Está rodeada de ciudades griegas por la precaución de Alejandro: así se ve defendida contra los bárbaros que la circundan”. (X 27, 1-3).

En este texto, aunque no se hable de una guerra concreta, se refleja el peligro que supone estar rodeados de bárbaros.

10. Antíoco contra Arsaces (rey parto).

“Arsaces suponía que Antíoco llegaría a este lugar, pero que no se atrevería a penetrar con un ejército tan enorme en el desierto inmediato, principalmente por la falta de agua. En tal región no ha aflorado nunca agua a la superficie, pero, incluso en la parte desértica, hay muchos canales subterráneos con sus pozos, cosa no sabida por los que desconocen el país. Sus **indígenas** lo explican de un modo convincente: en los tiempos en que los persas dominaban Asia, a los que condujeran el agua desde una fuente hasta un sitio de secano les concedían disfrutar del cultivo durante cinco generaciones. La montaña del Tauro tiene muchos y grandes manantiales de agua y no se ahorraron ni gastos ni fatigas para hacer canales desde lejos, de manera que en la época que ahora nos ocupa los que se aprovechaban de las aguas no sabían ni dónde empezaban

los canales ni qué manantiales los alimentaban. Cuando Arsaces vio que Antíoco emprendía la marcha por el desierto mandó cegar inmediatamente los pozos y destruirlos. El rey fue informado de esto y remitió nuevamente a Nicomedes al mando de mil jinetes, quienes se encontraron que Arsaces con sus fuerzas ya había abandonado aquellos parajes; sólo quedaban algunos jinetes que destruían las bocas de los canales. Se llegaron a ellos, los atacaron y los forzaron a la huida; luego volvieron a reunirse con Antíoco. El rey cruzó el desierto y llegó a la ciudad llamada Hecatómpilos, situada en el centro del país de los partos; la plaza tiene este nombre porque coinciden en ella todos los caminos que conducen a las regiones limítrofes.

Allí hizo descansar la tropa. Calculó que, si Arsaces hubiera sido capaz de afrontar una batalla contra él, no se habría retirado, dejando su propia tierra, ni hubiera buscado lugares más favorables para sus fuerzas que los alrededores de Hecatómpilos ante la eventualidad de una batalla. Puesto que se había retirado era evidente, para los buenos observadores, que Arsaces era de otro parecer. Esto decidió a Antíoco a avanzar hasta Hircania. Llegó a Tagas, donde los **nativos** le informaron sobre la dificultad de los territorios que debía invadir para alcanzar las cimas de las montañas de Labos, orientadas hacia Hircania, y sobre la multitud de los **bárbaros** apostados en los accidentes del terreno. Resolvió distribuir en cuerpos separados su infantería ligera y asignar a cada general el lugar por dónde debía avanzar; les repartió también convenientemente las tropas auxiliares que debían acompañarlos y que debían convertir los lugares conquistados por la infantería en transitables para los soldados de la falange y las acémilas. Asignó el primer cuerpo a Diógenes y puso a sus órdenes arqueros, honderos y los **montañeses** que sabían disparar piedras y jabalinas. Éstos últimos no iban en formación: se arriesgaban siempre aisladamente, adaptándose al lugar y a la ocasión; en los terrenos escarpados el servicio que prestaban era muy útil. Antíoco ordenó que siguiera a éstos dos mil cretenses armados de coraza, al mando de Polixénidas de Rodas. Cerraban toda la marcha soldados armados de loriga y de escudo, mandados respectivamente por Nicomedes de Cos y Nicolás de Etolia.

Se inició la progresión y se encontraron que las dificultades y la estrechez de los lugares eran más considerables de lo que el rey había imaginado. La ascensión se debía hacer, casi en toda su longitud (unos trescientos estadios), por el cauce de un torrente profundo e impetuoso hacia el cual se abalanzaban muchas rocas de peñascales más altos y árboles, que aumentaban aún más la dificultad del paso por el barranco. Y, además, los **bárbaros** habían añadido más obstáculos. Habían cortado árboles en todo el recorrido, habían hecho montones de piedras enormes y ellos mismos espían, a lo largo de la torrentera, en las eminencias estratégicas que les proporcionaban seguridad. Si no hubieran errado, a Antíoco se le hubieran agotado los recursos y se habría visto obligado a desistir de sus intentos. Los **bárbaros** se habían preparado y habían ocupado aquellos lugares, en la idea de que la única posibilidad del enemigo era hacer subir toda su fuerza por aquel barranco. No se apercebieron de que, si bien la falange y los bagajes sólo podrían pasar por donde ellos habían calculado (en efecto, no podían realizar la penetración por los alrededores de los montes), los soldados ligeros y la infantería, sin embargo, podían trepar, incluso, por las rocas peladas. Por esto, en el mismo instante en que los hombres de Diógenes ascendieron por fuera del torrente y establecieron contacto con la primera guardia, la operación tomó un cariz muy distinto. Trabado el combate, la situación por sí misma orientó a los hombres de Diógenes que evitaron la lucha ascendiendo por el flanco del enemigo. Alcanzaron un lugar más alto que el de éste y causaron a los **bárbaros** pérdidas enormes por una lluvia de dardos y de piedras lanzadas a mano, si bien los honderos, que disparaban a cierta distancia, les infligieron daños aún mayores. Cada vez que los hombres de vanguardia forzaban una posición enemiga y la ocupaban, sus auxiliares tenían la posibilidad de allanar todo lo que había por delante y remover los obstáculos sin ningún peligro. Trabajaban intensamente, de modo que la cosa se hacía en un espacio de tiempo muy breve. De este modo los honderos, los arqueros e, incluso, los lanceros recorrían los lugares más altos ya disimuladamente, ya reuniéndose y ocupando posiciones estratégicas; los soldados de la infantería pesada estaban siempre alerta

y avanzaban lentamente, sin deshacer su formación, por la misma torrencera. Los **bárbaros** no les aguardaron, sino que abandonaron sus posiciones y se agruparon en la cumbre.

Los hombres de Antíoco cruzaron sin riesgo, de la manera dicha, el lugar accidentado, aunque la marcha fue lenta y venciendo grandes dificultades. Casi siete días les costó coronar el collado de Labos, en el que se habían concentrado los **bárbaros**, seguros de atajar allí la ofensiva del enemigo. Se trabó un combate encarnizado y los **bárbaros** acabaron siendo rechazados; fue como sigue: conservaron su formación y lucharon corajudamente dando la cara a la falange. Pero la infantería ligera de Antíoco había hecho un gran rodeo, aún de noche, para ocupar unas posiciones más altas, detrás del enemigo. Cuando los **bárbaros** se apercibieron de ello, se dieron a la fuga, presas del pánico. Al rey le fue difícil retener el impulso de los perseguidores, que querían seguir adelante. Les llamó a través de sus cornetas, pues quería efectuar el descenso hacia Hircania con su ejército reagrupado y en cierta formación. Estableció la deseada y emprendió la marcha. Llegó a las proximidades de Támbra, ciudad no amurallada y muy populosa que tenía palacio real; allí acampó. La mayoría de los **enemigos supervivientes de la batalla y mucha gente del país circundante** se habían refugiado en la ciudad llamada Sirinx, no muy lejos de Támbra. Sirinx venía a ser la capital de Hircania, tanto por sus defensas como por su posición privilegiada. Antíoco decidió conquistarla por la fuerza. Conquistó a sus tropas y las guió hacia allí; acampó cerca de la ciudad y se puso a asediarla. Los medios principales que empleó fueron las tortugas para los zapadores. Había tres fosos, de anchura no inferior a treinta codos y de una profundidad de quince, cada uno defendido en sus márgenes, por una empalizada doble; detrás había un muro muy resistente. Encima de estas obras había choques continuos y los dos bandos no daban abasto para retirar sus propios muertos y heridos, porque se luchaba sin cesar no sólo en la superficie, sino también bajo tierra, en las perforaciones. La superioridad numérica del rey y su energía hicieron que muy pronto los fosos fueran rellenados y que los muros, minados, se vinieran abajo. Con ello los **bárbaros** perdieron toda esperanza:

degollaron a los griegos que vivían en la ciudad, cogieron a lo más valioso de los ajuares y de noche se escaparon. A Antíoco la cosa no le pasó desapercibida y mandó contra ellos a Hiperbas, al frente de sus mercenarios. Establecido el contacto, los **bárbaros** tiraron los ajuares y se refugiaron de nuevo en la ciudad. Los peltastas atacaron ferozmente a través de las ruinas de los muros, y los **bárbaros**, desesperados, se entregaron”. (X 28-31).

Se trata de un texto enormemente interesante por su capacidad demostrativa. En estos cuatro párrafos, habitantes de Media aparecen bajo varias denominaciones: “indígenas/nativos” (τῶν ἐγχωρίων), “bárbaros” (οἱ βάρβαροι), “montañeses” (τῶν ὄρειων), “enemigos” (τῶν πολεμίων), “la mayoría de los <enemigos> supervivientes de la batalla” (τῶν δέ πλείστων πεπονημένων τήν ἀποχώρησιν ἔκ τε τῆς μάχης) y “gente del país circundante”. (τῆς περικειμένης χώρας).

Podemos distribuir todas estas denominaciones en tres grupos:

1. Referidas a personas que viven en la región: “indígenas”, “gente del país circundante”.
2. Referidas a personas que viven en la región y colaboran militarmente con Antíoco (bando griego): “montañeses” (auxiliares).
3. Referidas a personas que viven en la región y combaten a Antíoco (bando de Arsaces): “bárbaros”, “enemigos”.

En alguna ocasión, cuando ha de distinguir entre combatientes que se oponen a Antíoco –para los que habitualmente utiliza el término bárbaros– y los habitantes de la región no combatientes –para los que habitualmente se utiliza el término de indígenas o nativos–, para no caer en el absurdo de decir llegaron a la ciudad bárbaros y nativos –porque los nativos eran bárbaros y los bárbaros nativos– dice “la mayoría de los <enemigos> supervivientes de la batalla” (por bárbaros) y “mucho gente del país circundante” (por nativos/indígenas).

11. Escipión/iberos frente a Asdrúbal Barca/galos.

“Indíbil y Mandonio eran los príncipes más importantes de entre los iberos y eran considerados los amigos más leales de los cartagineses. Sin embargo, hacía tiempo que se sentían molestos y, desde que Asdrúbal fingió desconfiar de ellos y, como ya narré más arriba, les exigió mujeres e hijos en calidad de rehenes, además de una fuerte

suma de dinero, buscaban ocasión para dejarle. Creyeron que entonces era el momento: hicieron salir a sus fuerzas del campamento de los cartagineses y, de noche, se retiraron a unas fragosidades que les ofrecían seguridad. Esto hizo que la mayoría de iberos desertara del partido cartaginés. Hacía mucho tiempo que se sentían ofendidos por la soberbia de los cartagineses, pero hasta entonces no habían dado con una oportunidad de hacer evidente su decisión.

Algo así ha sucedido ya a muchos. Es, en efecto, importante –lo hemos repetido insistentemente– coronar con éxito las operaciones y superar al enemigo en las tentativas, pero para explotar los éxitos se necesita una gran atención y experiencia. Podemos comprobar que son los más los que han alcanzado victorias que los que las han aprovechado debidamente. En este punto, los cartagineses fueron del primer grupo. Empezaron por derrotar a los romanos e, incluso, dieron muerte a sus dos generales, Publio y Cneo Escipión, lo que les hizo suponer que se apoderarían de España sin combatir; de ahí que trataran desdeñosamente a los **nativos**, a los que con tal conducta convirtieron en unos enemigos sometidos, no en aliados ni en amigos. Tal resultado fue lógico: pensaban que una era la manera de conquistar un imperio y otra, la de conservarlo. No habían asimilado que los que conservan mejor su supremacía son los que se mantienen en los mismos principios por los cuales la establecieron. Se ha demostrado muchas veces, y muy claramente, que los hombres logran el poder si tratan con benignidad e infunden esperanzas a sus vecinos; si, tras conseguir lo que se deseaba, estos mismos hombres observan una mala conducta y gobiernan despóticamente a los que sometieron, es natural que un cambio así en los dominadores haga cambiar de partido a los dominados. Es lo que ocurrió a los cartagineses.

En tales circunstancias, Asdrúbal planeó muchos y muy diversos proyectos referentes a lo que se le echaba encima. Le acongojaba la deserción de Indíbil, también la enemistad y la hostilidad hacia su persona que sus mismos generales no disimulaban, y le ponía en aprieto la presencia de Escipión. Recelaba que éste acudiría con su ejército y, al ver que los iberos le habían abandonado y que se habían pasado a su vez a los romanos, llegó a la resolución siguiente: pensó que era lo más atinado prepararse lo mejor posible y

presentar batalla al enemigo. Si la suerte le daba la victoria, reflexionaría sin peligro acerca de lo que debía hacerse luego, pero si le era adversa se retiraría con los que lograra salvar a la Galia, donde reclutaría el máximo número posible de **bárbaros**, para dirigirse a Italia, donde reforzaría a su hermano Aníbal y participaría en sus mismas esperanzas”. (X 35-37).

Obsérvese como en este caso a los iberos no se les califica de bárbaros (simplemente son nativos: literalmente “los del lugar” –κατὰ τὴν χώραν–), porque no son traidores –cambian de bando, pero con motivos justificados (el trato desdeñoso que sufren de parte de los soberbios cartagineses)–; mientras que se califica de bárbaros a los galos que pudiera reclutar Asdrúbal, porque serían enemigos de Roma.

12. Escipión/romanos frente a Indíbil/iberos.

Ver “bárbaros como traidores”: caso 7. En XI 31, 1-6, los iberos aparecen a la vez como traidores y como enemigos de Roma.

En el fragmento siguiente son bárbaros en cuanto que enemigos dispuestos a dar batalla:

“Los bárbaros, exasperados y temerosos de que aquella derrota pudiera hacer creer que estaban aterrados, salieron con el alba y dispusieron todas sus fuerzas en orden de batalla. Escipión ya había previsto esta emergencia. Al ver que los iberos bajaban absurdamente en masa hacia el valle y que alineaban en la llanura no sólo a su caballería, sino también a su infantería, dejó pasar algún tiempo: quería que adoptaran aquella formación el máximo número posible de enemigos. Teniendo gran confianza en su caballería, confiaba aún más en su infantería, porque en una batalla campal, cuerpo a cuerpo, sus hombres, ellos personalmente, y su armamento eran muy superiores a los iberos”. (XI 32, 5- 7).

En este pasaje los iberos muestran algunas de las características que habitualmente se atribuyen a los bárbaros: valentía e irracionalidad.⁴

⁴ Sorprende que P. Moret afirme que “Polibio nunca utiliza el calificativo βάρβαροι cuando menciona colectivamente a los iberos de las regiones mediterráneas” (Moret 2002-2003, 26) cuando, en XI 32, 5, se hace de forma explícita e inequívoca.

13. Antíoco/Eutidemo frente a hordas bárbaras.

Eutidemo solicita negociar con Antígono. Además de negar las acusaciones de no haber reconocido su autoridad, argumenta que “se había presentado una horda muy numerosa de nómadas, lo cual significaba un riesgo para ambos. Si se toleraba su presencia, el país entero se convertiría en bárbaro”. (XI 34, 5).

Finalmente, hubo entendimiento: en virtud de la alianza, Antíoco reconocía a Eutidemo la categoría de real, mientras que éste le entregaba trigo y sus elefantes.

Eutidemo utiliza como uno de sus argumentos que ambos son griegos y, si no se entienden el país –Bactria– será ocupado por tribus nómadas y se convertirá en bárbaro. (ἐκβαρβαρωθήσεσθαι).

14. Zama. Escipión frente a Aníbal (y sus mercenarios).⁵

Polibio nos informa de que Aníbal había dispuesto a su infantería en profundidad, distribuida en una triple línea; en primera fila dispuso a los mercenarios. “Estos mercenarios eran ligures, galos, baleares y marusios. Detrás de éstos situó a los nativos, cartagineses y africanos; cerraban la formación los italiotas que había llevado consigo, separados más de un estadio de los delanteros”. (XV 11, 1-2).

Polibio aplicará el apelativo de bárbaros, en esta ocasión, a los delanteros –es decir, a ligures, galos, baleares y marusios–, justo en el momento en el que ceden:

“Al final, los bárbaros cedieron y, convencidos de que los suyos les habían abandonado claramente, arremetieron contra los que tenían a sus espaldas y los mataron”. (XV 13, 4).

15. Manlio contra los galos.

La victoria romana libera a las ciudades griegas de Asia del “temor a los bárbaros”. Los galos son calificados con adjetivos

⁵ Aunque en este caso, el apelativo no se refiere exactamente a las personas sino más concretamente a la forma de combatir, en la batalla de Cannas, Polibio ya se había referido así a los enemigos de los romanos:

“Las avanzadillas iniciaron la refriega. Al principio el choque entre las infanterías ligeras se mantenía indeciso, Pero a medida que, desde su izquierda, la caballería ibera y gala se aproximaba a los romanos, estos jinetes convirtieron aquello en una batalla auténtica y a la manera bárbara”. (III 115 1-2).

arquetípicamente aplicados a los bárbaros: soberbios locos y formidables –que infunden temor–.

“En aquella misma oportunidad, cuando Cneo Publio, el general romano, pasaba el invierno en Éfeso, en el último año de la Olimpiada en cuestión, se presentaron de parte de las ciudades griegas de Asia y de otras muchas, legaciones portadoras de coronas dedicadas a Cneo Manlio por su triunfo sobre los galos. Todos los que viven acá del Tauro se alegraron menos de la caída de Antíoco (por la que veían que unos se libraban de tributos, otros de tropas de ocupación y todos del yugo real), que del hecho de que se les eximía del temor a los bárbaros; comprendían que quedaban ya lejos de su soberbia y de su locura”. (XXI 41, 1-2).

16. Filipo contra odrisos, besos y denteletos.

Ver “Bárbaros como traidores”: caso 8.

También los odrisos son doblemente bárbaros: traidores y enemigos del rey Filipo.

17. Roma/Marsella contra los ligures.

Ver “bárbaros como traidores”: caso 9.

Los ligures son enemigos que, además, violan el derecho de gentes.

18. Atenienses/griegos contra Jerjes/persas.

“Parece que la Fortuna infundió el máximo pánico a los griegos con motivo del paso de Jerjes a Europa. Entonces peligraron todos, pero murieron muy pocos, en su mayoría atenienses. Los atenienses, previendo sensatamente el futuro, se llevaron a sus mujeres e hijos y abandonaron la patria. El azar les perjudicó, pues los bárbaros se adueñaron de Atenas y causaron graves destrozos en la ciudad. Pero de ello los atenienses no reportaron ni afrenta ni vergüenza, bien al contrario, la máxima fama entre todos los hombres, ya que lo pospusieron todo y eligieron compartir el destino de todos los griegos restantes. Adoptaron, pues, esta actitud valiente y no sólo recuperaron, al cabo de muy poco, su ciudad y sus territorios, sino que, además, disputaron a los lacedemonios la hegemonía sobre los otros griegos”. (XXXVIII 2, 1- 5).

Obsérvese como en este caso, el historiador megalopolitano aplica directamente a los persas el término de bárbaros, sin necesidad de interponer un personaje de su Historia entre él y los oyentes, como hace en las ocasiones en que aplica tal calificativo a los romanos.

3. APLICACIONES VERDADERAMENTE ETNOGRÁFICAS O PURAMENTE GEOGRÁFICAS

Son pocas las ocasiones en que Polibio aplica el término bárbaro a un individuo o a un pueblo que –además de ser considerado inferior culturalmente– no esté comportándose de forma violenta o taimada. No obstante, quizá puedan mencionarse estos tres casos:

1. Los itálicos del sur son mencionados por Polibio como “bárbaros”:

“Esta parte de Italia da hacia el mar de Sicilia y está orientada hacia las tierras de Grecia; en ellas conviven las tribus bárbaras más numerosas con las ciudades griegas más conocidas. Este distrito de Italia está formado por los brucios, los lucanos, algunas ramas de los daunios, los calabreses y por muchas otras tribus”. (X 1, 2-3).

2. Polibio, criticando a Timeo, –a quien reprocha que acuse a otros, como Teopompo o Éforo de necesidades– dice:

“Cuando la historia de Pirro, Timeo dice que los romanos conmemoran todavía hoy, en un día determinado, la caída de Troya y que arrojan lanzas contra un caballo de guerra en un sitio denominado <el Campo>, lo cual se explica porque la toma de Troya se efectuó por medio de un caballo de madera. ¡He aquí lo más pueril! Según esta explanación deberíamos llamar a todos los bárbaros descendientes de los troyanos. En efecto: todos los bárbaros, o al menos en su gran mayoría, siempre que han de iniciar una guerra o han de arriesgarse contra alguien, jugándose el todo por el todo, sacrifican un caballo y conjeturan el futuro por el modo como se desploma la bestia”. (XII 4b).

A mi juicio, de alguna manera, Polibio incluye a los romanos entre los bárbaros. En cualquier caso, sería una aplicación muy

genérica y “poco venenosa” del término. (Vuelve a reflejarse el aspecto belicoso de los bárbaros).

3. En V 44, podemos encontrar una mención puramente geográfica, cuando Polibio describe las fronteras de la Media:

“Limita por el norte y el este con las llanuras desérticas que hay entre Persia y Partia; controla y domina las puertas llamadas Caspias, y llega hasta los montes Tapiros, no muy distantes del Mar de Hircania. Por el sur llega hasta Mesopotamia y hasta la región de Apolonia. Su frontera con Persia está protegida por el monte Zagro. La ascensión hasta su cumbre es de unos cien estadios, y en él se abren valles y en alguna parte hondonadas en las que viven los coseos, los corbenes, los carcos y muchos otros linajes bárbaros notoriamente excepcionales por sus dotes guerreras. Media limita por el sur con el país de Sátrapa, relativamente cercano a aquellos pueblos que dan ya al Ponto Euxino. Por el norte la rodean los elimeos, los aniaraces, los cadusios y los matéanos; por su parte domina las regiones colindantes con el lago Meótico. Media en sí está surcada por numerosas cordilleras que la recorren de norte a sur; entre tales cadenas montañosas hay unas llanuras atestadas de ciudades y de aldeas”. (V 44).

Polibio vuelve a reflejar la visión tópica del bárbaro belicoso, aunque, a mi juicio, es evidente que sabe poco de estos pueblos.

4. BÁRBARO COMO REFERENTE EN UNA COMPARACIÓN CUANDO SE QUIERE DENIGRAR A INDIVIDUOS O PUEBLOS

Un arma de destrucción masiva de la dignidad de un personaje o de un pueblo es aplicarle el término “bárbaro” o bien afirmar que se comporta “como bárbaro”. Veamos algunos ejemplos demostrativos:

1. Polibio afirma que Prusias, rey de Bitinia, “vivía una vida bárbara”:

“El rey Prusias era de aspecto repugnante y, aunque tenía una buena capacidad razonadora, su presencia física era la de un enano;

para las empresas militares era vulgar y mujeril. Pues no sólo era cobarde, sino absolutamente incapaz de sufrir penalidades: en una palabra, durante toda su vida fue un afeminado en cuerpo y alma, cosa que nadie acepta, en modo alguno, en los reyes, pero menos el pueblo bitinio. La consecuencia natural era que fuera un hombre sumamente incontinente en sus pasiones corporales. Carecía de toda cultura, desconocía la filosofía y no tenía noción ni idea de lo bello; vivía una vida bárbara, la de un Sardanápalo, día y noche. De modo que, así que se abrió una mínima esperanza, la masa de los gobernados no sólo se vio empujada a pensar de manera distinta de cómo el rey, sino también a tomar venganza de él". (XXXVI 14-15).

Puede comprobarse como el término bárbaro es como un compendio de todas las descalificaciones imaginables: repugnante, cobarde, afeminado en cuerpo y alma, incontinente en sus pasiones corporales, carente de cultura, ignorante de la filosofía y de lo bello...

Evidentemente, Polibio no es un partidario entusiasta de Prusias (ni de su estilo de vida; βάρβαρον βίον ἔζη) al que descalifica repetidamente a lo largo de su obra. Por ejemplo, en XXX 18, lo califica de rastroso, vil y adulator.

2. Cuando Polibio describe la situación del Peloponeso, durante la época en la que lideraron la Liga Aquea Dieo y Critolao (a los que en XXXVIII 17, 7 describe como "plenamente conscientes de sus fechorías"), quienes llevaron a cabo una política de no sumisión a Roma, que provocó la guerra y su destrucción, intenta desacreditar al máximo a tales gobernantes y su línea política. ¿Cómo lo hace? Pues, naturalmente, recurriendo a su arma de destrucción masiva de la dignidad del contrario:

"Si su delirio y su desgobierno eran tales que no se encontrarían fácilmente ni aún entre los bárbaros, lo lógico, evidentemente, es preguntarse cómo no perecieron sin remisión todos los aqueos. Yo podría exponer mi opinión de que una fortuna hábil y maliciosa contrapesó la necedad y la locura de los gobernantes". (XXXVIII 18, 7-8).

En este caso no son "como", sino "más que/peores que".

LOS ROMANOS COMO BÁRBAROS EN POLIBIO

Asimismo es interesante señalar en qué ocasiones se tilda a los romanos de bárbaros. Prácticamente, en todos los casos, Polibio introduce esta denominación en boca de algún personaje. (Discurso de algún legado o exploradores de Filipo).

1. Licisco, embajador de los acarnanios, se refiere a los romanos como bárbaros, pone en guardia a los espartanos sobre el peligro que éstos suponen para la libertad de toda Grecia y compara su presencia en Grecia con la de Jerjes, demandando de los espartanos que estén a la altura de sus antepasados:

“De modo que os pregunto, Cleónico y Cleneas, qué aliados teníais cuando pedisteis a los espartanos su colaboración. ¿No eran todos los griegos? Y ahora ¿con quién compartís los ideales? ¿Con quién exigís de éstos que hagan una alianza? ¿No es con los bárbaros? ¿Y os parece que las cosas están como antes? ¿No es exactamente lo contrario? Antes disputabais la hegemonía y el prestigio a aqueos y a macedonios, que son linaje vuestro, concretamente a su caudillo Filipo, pero en la guerra de ahora unos hombres bárbaros, extranjeros, pretenden esclavizar a Grecia entera. Vosotros creéis que os agujijonean contra Filipo, y no os apercibís de que os empujan contra vosotros mismos y contra Grecia. Ahora los etolios se comportan como aquellos que están en guerra e introducen dentro de sus ciudades guarniciones más poderosas que su mismo ejército para asegurarse y para disipar el pánico que les infunden sus enemigos. Pero con ello se convierten en súbditos de este ejército amigo. En su intento de derrotar a Filipo y de humillar a Macedonia, les pasa desapercibido el nubarrón que nos viene de Occidente, el cual, quizás sí, primero oscurecerá Macedonia, pero inmediatamente después causará un estrago general en Grecia.

Esto se acerca y lo han de prever todos los griegos, pero especialmente los lacedemonios. ¿Qué creéis que es, en efecto, espartanos, lo que indujo a vuestros antepasados, cuando Jerjes les envió un legado a exigirles tierra y agua, a arrojar a un pozo al que había llegado, a echarle tierra encima y, así, hacer anunciar a Jerjes que ya tenía tierra y agua, como había demandado? ¿Qué es lo que movió

a Leónidas y a los suyos a afrontar voluntariamente una muerte cierta? ¿No es que se querían arriesgar en primera fila, no sólo por su libertad, sino por la de todos los griegos? Sería cosa digna, si descendéis de unos hombres como aquéllos, que ahora os aliarais con los bárbaros y lucharais contra epirotas, aqueos, acarnanios, beocios, tesalios, casi contra todos los griegos, a excepción de los etolios?” (IX 37 y 38).

Continuando con su conmovedor discurso ante los lacedemonios, Licisco de Acarnania califica el posible futuro dominio de los romanos sobre Grecia como “potestad extranjera”:

“¿Hay alguien que sabedor de todo esto, no tema la venida de los romanos y que no se indigne contra la locura de los etolios, que se han atrevido a tales pactos? Éstos, los etolios, nos han robado a los acarnanios las islas de Eníade y Nasos, y ya antes había retenido la ciudad de los pobres anticireses, tras reducir a la esclavitud a sus habitantes, con la ayuda romana. Los romanos deportaron a mujeres y niños, quienes sufrieron lo que lógicamente padecen los que han caído bajo la potestad extranjera; el suelo y los edificios de aquellos desventurados son ahora de los etolios”. (IX 39, 2-3).

Pero, incluso en este caso, Polibio alterna la utilización del término bárbaro (βαρβάροι), como en IX 37, 6, y en IX 38, 5, con la de “hombres extranjeros/ de otra raza” (ἄλλοφύλους ἀνθρώπους), en IX 37, 7. Así, la potestad romana es extranjera (ἄλλοφύλων ἔξουσίας), pero no bárbara. Cuando Polibio califica a un pueblo que desprecia nunca busca sucedáneos piadosos.

2. En la obra polibiana de nuevo se menciona a los romanos como bárbaros, esta vez en boca de los mensajeros del rey Filipo:

“Fue entonces cuando un mensajero tras otro de las fuerzas de cobertura corrían hacia Filipo y gritaban: <¡Oh rey! El enemigo huye: no dejes pasar esta oportunidad. Los bárbaros no nos resisten, éste es tu día, ésta es tu ocasión>”. (XVIII 22, 8).

3. En una ocasión se aplica el término “bárbaro” a romanos y cartagineses simultáneamente, poniéndolo en boca de Agelao de Naupacto que, defendiendo ideas panhelénicas, pretende lograr

una reconciliación entre Filipo y los griegos. (Ver “Bárbaros como enemigos, caso 7”).

4. Para finalizar, debe recordarse el fragmento en el que, criticando a Timeo, Polibio, hace referencia a la costumbre bárbara de sacrificar caballos.

Ver “Aplicaciones puramente etnográficas o verdaderamente geográficas”: caso 1.

Es la única ocasión en la que Polibio se refiere a los romanos como bárbaros; a mi juicio ésta es una referencia puramente etnográfica, la única que significaría sin más “no helenos”.

PERO POLIBIO REHUYE APLICAR EL TÉRMINO DIRECTAMENTE A LOS ROMANOS

A mi juicio, a lo largo de la narración polibiana existe un episodio en el que se dan todas las condiciones para que Polibio aplicase el término “bárbaro” a los romanos. Se trata del de la deditio de los etolios:

“Feneas, el general en jefe de los etolios, cuando los romanos se apoderaron de Heraclea, vio que el peligro rodeaba Etolia desde todas partes, consideró lo que había ocurrido a las demás ciudades y decidió enviar unos delegados a Manio Acilio para tratar de una tregua y de un pacto. Con esta intención, pues, remitió a Arquedamo, a Pantaleón y a Cálepo, quienes tenían previsto, para cuando se entrevistaran con el general romano hacerle un discurso extenso. Pero en la audiencia se vieron cortados y no pudieron pronunciarlo. En efecto, Manio declaró que de momento no disponía de tiempo, pues le retenía la distribución del botín tomado en Heraclea; concedió una tregua de diez días y dijo que enviaría con ellos a Lucio Valerio Flaco, a quien deberían exponer sus necesidades. Entrada en vigor la tregua, Lucio se presentó en Hipata, donde se discutió a fondo la situación. Los etolios procuraban defenderse remontándose al principio; aducían los beneficios que de ellos habían recibido los romanos. Pero Lucio les atajó en su empeño, diciéndoles que tal como estaban las cosas, aquel tipo de defensa resultaba inadecuado: eran ellos mismos los que habían roto con

la amistad anterior; la enemistad de ahora respondía a ellos a los etolios, de manera que los favores de antes no encajaban en las circunstancias presentes. Les recomendó que se dejaran de peroratas apologéticas, que recurrieran, más bien, a un tono de súplica y que pidieran perdón para los crímenes de su general. Los etolios, tras algunas observaciones posteriores sobre la situación, decidieron ceder la última decisión a Manio Acilio, entregándose a la lealtad romana, sin saber exactamente, por supuesto, lo que entrañaba esta rendición. Les engañó el término “lealtad”; creían que así moverían más a compasión. Pero, entre los romanos, “entregarse a la lealtad romana” significa lo mismo que rendirse incondicionalmente al vencedor.

Los etolios tomaron estas decisiones y enviaron a Feneas como acompañante de Lucio; debía exponer a Manio sin dilaciones lo acordado. Feneas se entrevistó con el general romano, ante quien justificó de nuevo a los etolios, pero al final le dijo que éstos habían decidido entregarse a la lealtad romana. Manio le interrumpió y le preguntó: <¿De verdad que es así, hombres de Etolia?>. Y ante su afirmación prosiguió: <Entonces, en primer lugar, ningún etolio pasará al Asia, ni en viaje privado, ni por un decreto público; en segundo, me enviaréis a Dicearco y a Menéstrato (éste había salido a reforzar la guarnición de Naupacto) y, con ellos, al rey Aminandro y a los atamanios que se os han pasado con él>. Feneas le atajó diciendo: <General: lo que me pides no es justo y es insólito entre los griegos>. Manio, no tanto por enojo como para hacer comprender a los etolios la verdad de su situación, infundiéndoles así un pánico total, exclamó: <¿De modo que os las dais de griegos y me habláis de lo decente y de lo conveniente, cuando os habéis entregado a la lealtad romana? ¡Puedo encadenaros a todos, si me parece bien!> Así habló y mandó traer una cadena y rodear a cada uno el cuello con un cepo. Feneas y sus acompañantes se quedaron pasmados y mudos, como si aquello tan extraño que les ocurría les hubiera paralizado el cuerpo y el alma. Lucio y algunos tribunos militares que lo presenciaban pidieron a Manio que no decidiera nada desagradable contra aquellos hombres, porque eran unos embajadores. El romano asintió a la petición y, entonces, Feneas comenzó a hablar.

Dijo que él mismo y los apócletos cumplirían las órdenes, pero que, para entrar en vigor lo exigido, se debía contar con la conformidad de la asamblea etolia. Ante la observación de Manio de que ahora hablaba con propiedad, Feneas solicitó otra tregua de diez días. Se les concedió, y los etolios, acordado el armisticio, se retiraron. Llegaron a Hipata y explicaron a los miembros del consejo superior lo que les había ocurrido y los parlamentos habidos. Sólo cuando los escucharon llegaron a comprender los etolios su propia ignorancia y el apuro al que ésta les había llevado. Decidieron escribir a las ciudades y convocar a los etolios para deliberar sobre lo que se les exigía. Pero corrió la voz de lo que le había ocurrido a Feneas, lo cual enfureció tanto a la multitud, que todos se negaron a reunirse en asamblea. Resultó, pues, literalmente imposible deliberar acerca de las exigencias de los romanos. Y, precisamente entonces, procedente de Asia Menor, atracó en el puerto de Fálara, situado en el golfo de Melia, Nicandro, que ya había zarpado de allí, e informó que el rey Antíoco le había recibido cordialmente y le había formulado promesas para el futuro. Los etolios descuidaron todavía más la paz y no hicieron ya nada para concluirla. Transcurrió el tiempo de la tregua y continuaron estando en guerra contra los romanos”. (XX 9-10).

En este caso, nos encontramos con unos extranjeros en guerra con griegos, que muestran unos usos diplomáticos y unas concepciones mentales absolutamente extrañas (*παράδοξον*) e inaceptables para los helenos –οὔτε δίκαιον οὔθ' Ἑλληνικόν ἐστὶν τὸ παρακαλούμενον; *lo que pides no es justo ni helénico*–; por eso, los (dirigentes) etolios primero no las entienden, después se llenan de pavor y, finalmente, (la multitud) se enfurecen, –pero Polibio no calificará a los romanos de “bárbaros”, sino que mostrará la ignorancia/locura (*ἀγνοία*)– XX 10, 13 y –XX 11, 7– de los etolios. Polibio aplica un criterio geoestratégico: no va a lanzar un arma de destrucción masiva de la dignidad contra sus protectores.

A mi juicio los usos diplomáticos de los romanos, en este caso son “poco civilizados”, porque 1 Manio Acilio no prioriza las conversaciones de paz, poniendo a la cola a los embajadores etolios, pues tiene que encargarse de la distribución del botín conseguido

en Heraclea y 2 encadena a los embajadores etolios, para que entiendan qué supone una deditio.

Por otro lado, los etolios entendían que se ponían en sus manos confiando en su buena fe, esperando así recibir un trato benigno, cuando para los romanos se trataba de una rendición incondicional, que, por tanto, iría acompañada de cláusulas muy abusivas. La reacción de Feneas muestra su sorpresa y el abismo entre los usos griegos y romanos. La continuación de Acilio refleja que éste no siente mucha admiración por los griegos y que no sufre ningún “complejo Flaminio”.

SALVAJES, PERO NO BÁRBAROS

En algunas ocasiones, algunos hacen cosas terribles, pero Polibio no los califica de “bárbaros”, bien por ser griegos –así se comporta salvajemente/ cruelmente el rey Filipo V de Macedonia o el etolio Escopas y su cómplice Carimorto– o bien para evitar confusiones, en el caso de aquellos que han estado enfrentados a unos a los que Polibio ha calificado continuamente de bárbaros –como ocurre con los supervivientes “*bestializados*” del ejército de Aníbal que consiguen llegar a Italia cuando atacan a los “bárbaros” turineses. (III 60, 6-10).

1. Los pueblos civilizados disponen de constituciones, pero sus formas de gobierno están sometidas a un ciclo que inevitablemente les hará degenerar.

“Con la realeza nace el desmejoramiento llamado tiranía; con la aristocracia, el mal llamado oligarquía, y con la democracia germina *el salvajismo de la fuerza bruta*” (θηριώδης καὶ χειροκρατικός). (VI 10, 4).

2. “Filipo se dirigió a Mesenia y devastó salvajemente el país; le empujaba más la ira que la reflexión”. (VIII 8, 1).

3. Cuando Polibio narra la caída en desgracia de Escopas, junto con Dicearco, en Alejandría, aprovecha para denigrar al personaje:

“Mientras Escopas vivió fue famoso por su codicia (pues en avaricia superaba a todos los demás hombres), pero, una vez muerto, lo fue todavía más por la gran cantidad de oro y de ricos ajuares encontrados en su casa. Complice de su salvajismo y de sus borracheras fue un tal Carimorto, con cuya ayuda desvalijó el palacio real como si fuera un vulgar salteador”. (XVIII 55, 1-2).

4. “Habitualmente los etolios se ganaban la vida con el bandillaje y otras perversidades por el estilo. Y mientras pudieron robar y esquilmar a los griegos, se procuraron la manutención a costa de ellos, teniendo por enemigo cualquier territorio; más tarde los romanos presidieron la administración, y ellos, privados de aprovisionarse fuera de Etolia, se enfrentaron entre sí. Ya anteriormente, durante la guerra civil, no hubo atrocidad que no cometieran. Y habiendo probado poco antes sangre de unos y de otros en las matanzas de Arsínoe, ahora estaban dispuestos a todo, tan bestializados en sus almas (ἀποτεθηριωμένοι τάς ψυχάς), que ni tan siquiera permitieron a sus jefes hablar en el consejo. De modo que Etolia estaba llena de desgobierno, de ilegalidades y de muerte. Allí nada se hacía por previsión o por cálculo, todo respondía al azar, andaba revuelto como si se hubiera precipitado sobre ellos un huracán”. (XXX 11).

Polibio dice que los etolios robaban y saqueaban “a los griegos” (τούς Ἑλληνας), en lugar de decir “a otros griegos” o “al resto de los griegos”. Esto enlaza con el siguiente apartado, donde se duda del carácter heleno de los etolios.

5. “Los supervivientes tenían algo de salvajes en su comportamiento y en su aspecto, como consecuencia de la continuidad de las penalidades aludidas. Aníbal puso mucha atención en su cuidado y recuperó a sus hombres, tanto en sus cuerpos como en sus espíritus”. (III 60, 6-7). Inmediatamente con estos hombres lanza un ataque contra los turineses. (Ver último ejemplo de “Bárbaros como enemigos/ 4 Aníbal contra galos”).

LA DUDA OFENDE: ¿GRIEGOS O BÁRBAROS?

Polibio, poniendo las palabras en boca de Filipo, se permite incluso dudar del carácter heleno de los etolios (al menos de algunos de ellos):

“< Pero lo más intolerable es que vosotros, que os equiparáis a los romanos, exijáis que los macedonios se marchen de toda Grecia. Decir esto es, ciertamente, una gran fanfarronada, que si proviene de los romanos es aún soportable, pero no, si de los etolios. ¿De qué parte de Grecia me expulsáis? ¿Qué límites ponéis a Grecia? ¡Si la mayoría de los etolios no son griegos! Ni el linaje de los agreos, ni el de los apodotes, menos todavía el de los anfiloquios, son griegos. ¿Me concedéis licencia para quedarme en estos territorios?>”. (XVIII 5, 7).

CARACTERIZACIÓN DE LOS BÁRBAROS

“Bárbaro” sería algo así, en Polibio, como un compendio de defectos y perversiones. Todos estos calificativos acompañan a lo largo de la obra polibiana al término bárbaro: audaces, temerarios, osados (aplicados a los mamertinos en I 9, 7-8); irracionales, de linaje poca cosa y deleznable (aplicado a los galos cisalpinos, en II 35, 6), terroríficos (referidos a los que atemorizaban a los pueblos de Asia, en III 3, 5); muy traidores y malhechores emboscados (aplicado a los galos transalpinos, en III 49, 2, en boca de Escipión, y en III 54, 4 respectivamente); vecinos malvados (aplicados a los tracios en IV 45, 5); notablemente excepcionales por sus dotes guerreras (aplicado a coseos, corbenes y carcos, que viven en las fronteras de Media, en V 44, 7); valerosos, salvajes, violentos (referido a los gálatas en V, 111); valientes –“exasperados y temerosos de que aquella derrota pudiera hacer creer que estaban aterrados”– e irracionales –“los iberos bajaban absurdamente en masa hacia el valle”– (referido a los iberos de Indíbil, en XI 32, 5- 7), que pretenden esclavizar (referida a los romanos, en palabras de Licisco de Acarnania, en IX 37, 7); soberbios, locos y formidables (referidos a los galos que derrotó, en Asia, Manlio, en XXI 41, 1-2); violentos, vigorosos, corajudos, arrojados, pero extraños, ignorantes y carentes de razones (aplicados a los ligures –que además violan el derecho de gentes– en XXXIII 7-10).

Además, cuando se utiliza bárbaro como referente de una comparación se añaden todos estos otros calificativos: repugnante,

cobarde, afeminado en cuerpo y alma, incontinente en sus pasiones corporales, carente de cultura, ignorante de la filosofía y de lo bello... referido a Prusias, que “vivía una vida bárbara” (XXXVI 14-15); mientras que, referido a Dico y Critolao, se dice que “su delirio y su desgobierno eran tales que no se encontrarían fácilmente ni aún entre los bárbaros” (XXXVIII 18, 7).

CONCLUSIÓN:

A mi juicio, es erróneo plantearse si Polibio consideraba bárbaros –y en qué grado– o no⁶, por ejemplo, a los itálicos, a los iberos y a los númidas, pues la clave interpretativa de la obra polibiana, en lo referido al concepto bárbaro, reside en comprobar que Polibio aplica el término bárbaro a los mamertinos o a los iberos, no tanto por lo que son, sino por lo que hacen –o mejor por lo que Polibio les atribuye y cómo lo valora– y, en numerosas ocasiones, de forma interesada. Polibio elige en que momento aplica tal calificativo a los iberos –cuando se han rebelado contra Escipión– y cuando no –cuando han hecho defección a los cartagineses para pasarse a Escipión y mientras se mantienen leales al procónsul romano–. Asimismo que Polibio considere bárbaros a los mamertinos no

⁶ Algunos autores establecen una gradación de lo bárbaro, alcanzándose el grado máximo de barbarie en los celtas.

Por ejemplo, G. Cruz-Andreotti (2003, 185-227) considera que “Polibio no define al mundo ibérico con los parámetros que encontramos para la Galia Cisalpina, es decir, se acercaría nuestro autor más a lo que entendería como una <comunidad política mediterránea>”. Defiende que Polibio procede a una cierta “<homerización de lo bárbaro>, destinada posiblemente a exaltar la imagen heroica del mismo Escipión como jefe”. No obstante, como ha quedado demostrado a mi juicio, Polibio simplemente se abstiene de aplicar el término bárbaro a los iberos durante todo el Libro X, donde supuestamente se produciría esa “homerización de lo bárbaro”, puesto que al pasar a ser aliados de los romanos se convierten en paradigma de lealtad. Serán bárbaros en el Libro XI cuando se subleven contra Escipión.

P. Moret, en la misma línea, considera que, en la obra polibiana “los iberos de la zona oriental y meridional de la península se situaban en la categoría de los bárbaros civilizados o casi civilizados, tanto en el aspecto político como social”. (Moret 2002-2003, 26).

implica que considere bárbaros a todos los campanos –con la ristra de descalificaciones que esto conllevaría–; simplemente deseaba calificar lo más negativamente posible a estos pérfidos mercenarios, dentro de la lógica de su relato.

Por tanto, “bárbaro” en Polibio es el calificativo negativo por excelencia, en grado sumo⁷, que el megalopolitano utiliza a conveniencia. (Los nativos pueden trocarse en bárbaros y los bárbaros en indígenas, según un criterio de oportunidad; el estilo de vida de los iberos es el mismo, pero no el bando en el que militan; pasan de ser amigos a enemigos o viceversa y Polibio les aplica o no el cuño arquetípico de “bárbaros”).

Naturalmente, la aplicación de este criterio de oportunidad choca con el prestigio como historiador objetivo y racionalista del que goza Polibio entre muchos de los historiadores actuales.

BIBLIOGRAFÍA:

Aguilera, E. M.: Notas prologales a la “Historia Universal” de Polibio. *Orbis. Biblioteca de Historia* 89. 1986, pp. 11-14.

Berger, Ph.: “La xénophobie de Polybe”, *REA* 97, 3-4, 1995, pp. 517-525.

Cantarella, R.: “La literatura griega de la época helenística e imperial”, Buenos Aires, 1972. Editorial Losada. (Primera edición 1968, Florencia).

Cruz Andreotti, G.: “Polibio y la geografía de la Península Ibérica”. En *Revisiones de Historia Antigua IV. Polibio y la Península Ibérica*. J. Santos Yanguas y E. Torre-garay Pagola eds. Vitoria/Gasteiz, 2003; pp. 185-227.

Díaz Tejera, A.: Introducción a las Historias de Polibio. Colección Hispánica de autores griegos y latinos. CSIC. Madrid 1972, pp. 11-162.

Gómez Pantoja, J. L.: “Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica. Vol. II. La Iberia prerromana y la Romanidad. Madrid, 2008. Sílex.

⁷ Ciertamente es que a partir de las Guerras Médicas, con la llamada <invención del bárbaro>, el término que, inicialmente, designaba simplemente al que no hablaba la lengua griega o la pronunciaba defectuosamente, se carga con “toda una serie de connotaciones peyorativas que sitúan a su portador en unas condiciones de exclusión e inferioridad absolutas respecto del mundo helénico”. (Pelegrín 2004, 44).

Kovaliov, S.I.: “Historia de Roma”; segunda reimpression en Akal/Básica de Bolsillo, 2009. (Edición original: Universidad de Leningrado, 1949).

Lévêque, P.: “El mundo helenístico”. Barcelona. 2005. Paidós.

Mauersberger, A.: “Polybios-Lexikon” I.1. Berlín 1968 (1956).

Momigliano, A.: “La sabiduría de los bárbaros. Los límites de la helenización”. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. 1988. (Edición original 1985).

Mommsen. T.: “Historia de Roma. Libro III. Desde la reunión de Italia hasta la sumisión de Cartago y de Grecia”. Segunda edición en castellano, Turner 2003. (Primera en alemán 1856).

Moret, P.: “Los monarcas ibéricos en Polibio y Tito Livio”. CuPAUAM 28-29. 2002-2003, pp. 23-33.

Pédech, P.: “La méthode historique de Polybe”, París. 1964.

Pelegrín Campo, J.: “Tradición e innovación en la imagen polibiana del bárbaro”, *Studia Historica* 22. Salamanca 2004, pp. 43-62.

Quesada Sanz, F.: “La guerra en las comunidades ibéricas (C. 237- 195 a.C)”, en *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*. Universidad de León/ Casa de Velázquez. 2003.

Roldán J.M.: “Historia de Roma, I. La República romana”. Madrid, 1987. Cátedra.

Sánchez Ferlosio, R.: “God and Gun. Apuntes de polemología”. Barcelona, 2008. Ediciones Destino/ Colección Imago Mundi, Volumen 150.

Walbank, F. W.: “A Historical Comentary on Polybius”. Vol. I. Oxford University Press 1970.

La traducción castellana de las Historias de Polibio utilizada ha sido la de M. Balasch Recort, publicada por la editorial Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, 1981).

